

1

–Vamos, Tom. Mueve el culo –gruñó Luc–. Las comensales están al caer.

El dueño de Le Jardin echó al nuevo camarero con cajas destempladas para que se pusiera en marcha. En cuestión de segundos, al joven le llovieron las comandas.

«Cinco vasos, he dicho.»

«La vajilla normal no.»

«Y las flores, ¿dónde están?»

«¿Es que tengo que hacerlo yo todo?»

Tom no entendió ni jota. ¿Por quién estaba armando Luc tanto jaleo? Echó un vistazo al libro de reservas, aunque no le sirvió de gran cosa.

–Pero si nadie ha reservado la mesa de la chimenea.

Luc frenó en seco, como si aquello fuera lo más estúpido que hubiera oído en su vida.

–¿Has visto el calendario?

–Claro.

–¿Y?

–Es martes.

Luc subió la voz.

–El primer martes del mes. Lo que significa...

–¿Alguna festividad francesa? –aventuró Tom, como si estuviera en un concurso televisivo.

Luc exhaló un hondo suspiro. Tal vez fuera un error darle una oportunidad a alguien que había dejado los estudios y estaba en el paro. La única experiencia que tenía Tom en el mundo de la hostelería se reducía a su adolescencia: un cabeza hueca revolucionado por las hormonas lo había criado en el restaurante del club deportivo Euskirchen. Por desgracia, ese idiota era Luc. Y por eso, difícilmente pudo decir no cuando, cinco semanas atrás, su ex le dejó en la puerta al fallido producto de su aventura amorosa. Para entonces, el retoño abandonado tenía diecinueve años y había salido a su madre. Según Luc.

—Mis clientes más fieles han reservado mesa a las ocho. Como cada primer martes de mes. Vienen aquí a cenar desde que yo era camarero —explicó acaloradamente, y su vulgar acento de Colonia reveló sin dejar lugar a dudas que no era francés y que Luc solo era un seudónimo. Sin embargo, la proximidad al Instituto francés era la razón de que no se hubieran hecho cambios en la orientación del restaurante.

Tom seguía sin entender.

—Ya, ¿y?

Luc suspiró de nuevo. Sus sesenta y cinco años lo obligaban a ir pensando en un sucesor. Pero ¿cómo explicar a un hijo duro de mollera lo que tenían de especial esas cinco mujeres? Acudían a su local desde hacía quince años. Primero todos los martes, luego una vez al mes.

Era una noche de lluvia sin mucho movimiento, y Luc estaba a punto de cerrar el restaurante cuando aparecieron por vez primera en la puerta las cinco, empaçadas y riendo. Cinco mujeres que no podían ser más distintas: Caroline, la abogada fría y deportista de rasgos clásicos; Judith, pálida, delgada y transparente; Eva, la flamante médica; Estelle, una mujer inequívocamente de mundo, y la más joven, Kiki, una estudiante con el encanto de una mariposa multicolor.

Fue Caroline la que convenció a Luc para que descorchara unas botellas a pesar de la hora. La elocuente abogada ya llevaba la voz cantante entonces. Y eso que la idea de ir a tomar algo después de la clase de francés había sido de Judith.

«Quiero disfrutar al máximo de mi tarde libre», afirmó. Pasado el tiempo se supo que Judith le había contado al que por aquel entonces era su marido, Kai, que su jefe le había obligado a estudiar francés y que le pagaba las clases, lo que era mentira. Judith confiaba en que el pedante de su marido se metiera en la cama a las diez y media en punto y no se diese cuenta de que cada martes llegaba más tarde. El curso de francés marcó el principio del fin de su matrimonio. Judith le vendió el cuento de unos cursos de perfeccionamiento y siguió quedando con sus amigas. Las mujeres de las cenas de los martes tardaron siglos en infundir en Judith el valor necesario para que pusiera fin de una vez por todas a un matrimonio que no la hacía feliz.

A lo largo de los años Luc fue testigo de cómo la secretaria insegura se convertía en una mujer que buscaba su camino con ayuda del esoterismo y la sabiduría oriental; de cómo Caroline, la inteligente abogada, se convertía en una temida penalista; de cómo Eva, la médica apasionada, dejaba su profesión y fundaba una familia, y de cómo Kiki, la estudiante, se hacía una mujer hecha y derecha. A lo largo de esos quince años todo había cambiado. Le Jardin pasó de ser un lugar apenas conocido, casi secreto, a convertirse en un restaurante de moda; Luc, de camarero a dueño. La única que siguió siendo la misma fue la mujer de más edad, Estelle, la pija. Para ella era importante que se supiera que era rica y que tenía una segunda residencia en St. Moritz, y un buen hándicap. Luc suponía que había nacido vestida de Chanel.

—Las cinco mujeres que estuvieron aquí hace poco. —Finalmente, Tom cayó. A su cara asomó una sonrisa radiante—. ¿También va a venir la joven? ¿La de las piernas largas y la falda corta?

—¿Kiki? A Kiki ni te acerques —le advirtió Luc.

—Pues parece maja.

Luc sabía que no era así: Kiki no era maja. Kiki era arrolladora. Alegre, alocada, rebosante de energía, siempre de buen humor y enamoradiza. «Con la castidad salen granos», decía. Quiso aprender francés porque en el InterRail que hizo cuando terminó el

instituto se enamoró perdidamente de un tal Matthieu, de Ruan. Kiki tenía la esperanza de que su relación diera un paso adelante si además podían hablar. Por desgracia, después de cuatro horas de francés para principiantes comprobó que a Matthieu de lo que más le gustaba hablar era de su exnovia. Y Kiki se dejó consolar por Nick. Y por Michael. Soñaba con una relación estable, pero le gustaba más el sexo que los hombres con quienes lo practicaba.

«Lo bueno de estar sola es que una se puede concentrar por completo en el trabajo», intentaba convencerse. Sola estaba, lo que aún no tenía era el trabajo adecuado. Su empleo actual de creativa en el famoso estudio de diseño Thalberg no había dado los frutos que esperaba. Kiki formaba parte de un equipo de diseñadores que trabajaba para Johannes Thalberg. El cerebro creativo y patriarca de la empresa diseñaba muebles, lámparas, accesorios para la casa y la cocina, ocasionalmente incluso se ocupaba del interiorismo integral de tiendas y hoteles. Kiki todavía no había conseguido destacar dentro del grupo de diseñadores. Sin embargo, creía en el mañana. En empezar cada día desde cero.

—Cuenta, cuenta —pidió el joven camarero.

Luc habría podido contar muchas cosas. No solo conocía el historial de Kiki con los hombres. Las cinco mujeres no tenían ni la más remota idea de la cantidad de cosas que él sabía de sus vidas. Luc, que no perdía ripio, estaba al tanto incluso de sus tradicionales escapadas. No era de extrañar; al fin y al cabo solían poner en común las anécdotas de sus viajes anuales en las cenas de los martes, lo que les provocaba grandes ataques de risa.

La primera vez eligieron la tranquilidad de la región de Bergisches Land, para preparar el examen de francés. El fin de semana de estudio conjunto fue todo un éxito. No así el examen. Kiki y Estelle ni siquiera se presentaron. Por aquel entonces, Kiki estaba más entregada al lenguaje corporal francés, y Estelle constató que veranear en Francia estaba *out*, y en el Algarve *in*. Así

que ¿para qué estudiar francés? A Eva, la joven médica, se le revolvió el estómago de puro nerviosismo, de manera que se pasó la mayor parte del examen en los aseos del Instituto francés. Más tarde descubrió que el nerviosismo se debía no tanto al examen como a su nuevo aparato para calcular los días fértiles: no era del todo preciso. A diferencia de David, su primogénito, que llegó al mundo siete meses después. Pesó más de cuatro kilos, midió cincuenta y siete centímetros y fue la razón de que Eva no llegara más lejos. Ni en el examen de francés ni en el puesto de ayudante en el centro especializado en enfermedades cardiovasculares de París. Todavía conservaba el contrato firmado «como símbolo de la vida que estuve a punto de tener», decía.

Judith se presentó al examen y suspendió. La considerable suma de dinero invertida en terapia para acabar con su miedo a los exámenes, que sisó a espaldas de Kai del dinero de la casa, habría podido gastarla en algo más práctico.

La única que salió airosa fue Caroline. Naturalmente con la mejor nota. Caroline brilló con su francés perfecto. Aunque Luc seguía su carrera con atención en los periódicos, nunca supo para qué quería ese idioma: ninguno de los peligrosos delincuentes con los que se las tenía que ver, siendo como era abogada penalista, había intentado nunca desvalijar el Louvre, secuestrar un avión de Air France o volar la Torre Eiffel. Por su parte, el marido de Caroline, Philipp, médico de cabecera en Lindenthal, prefería ir a Italia de vacaciones. Y sus dos hijos no necesitaban que su madre los ayudara con los deberes de francés. A diferencia de los cuatro hijos de Eva, a los de Caroline les iba bien en el colegio.

Luc habría podido pasarse horas contando anécdotas a su curioso hijo, pero era como una tumba. El dueño del restaurante tenía la suficiente vista para no dejar traslucir a las mujeres lo mucho que revelaban sin querer. Él era el compañero y el testigo silencioso de las amigas de los martes; Le Jardin, su confesionario.

La mesa estaba perfecta, el cocinero preparado, las velas medio consumidas.

—¿Dónde se habrán metido?

Luc consultó el reloj con impaciencia: las ocho y cuarto.

Resultaba de lo más habitual que acudieran a Le Jardin grupos del cercano Instituto francés. Lo raro era que de ellos naciese una amistad duradera. Sin embargo, lo más extraño era que ese día la mesa de las mujeres de las cenas de los martes estuviese vacía.

Cuando poco después de las once cerró el restaurante sin que Caroline o alguna de ellas llamara, Luc supo que había pasado algo. Algo que él no había vivido en quince años.

2

–Hay que avisar a Luc.

Hacía unos días las amigas habían mencionado la reserva, pero cuando llegó el martes, ninguna se acordó.

Arne, el actual marido de Judith, estaba en la cuarta planta del hospital Sankt Josef de Colonia. «La cuarta planta», estas palabras triviales eran un eufemismo que médicos y demás personal sanitario empleaban para referirse con excesiva complacencia a la unidad de paliativos. Allí todo era moderado: la luz, las voces, y sobre todo las expectativas. En la cuarta planta se esperaba la muerte. Arne llevaba seis días esperándola. Y con él, Judith y sus amigas de las cenas de los martes, que se turnaban para estar a su lado.

La enfermedad de Arne era como una montaña rusa; cada subida, una ilusión. Uno se veía impulsado hacia arriba para después precipitarse al vacío a una velocidad de vértigo. Las malas noticias se sucedían deprisa: «No se puede operar». «La analítica es desastrosa.» «La quimio no surte efecto.» «Solo es cuestión de tiempo.»

De eso hacía diecinueve meses. Diecinueve meses durante los cuales Arne y Judith habían evitado mencionar la muerte en la medida de lo posible. Judith intentaba no pensar en que, en breve, Arne no estaría a su lado. Pese a todo, el final iba a llegar.

–Tenemos que encargarnos de que siempre una de nosotras esté con Judith –propuso Eva, y para ello estableció turnos las veinticuatro horas que asignó a las amigas. Sin embargo, ella fue la primera en desmarcarse. Lene, su hija de trece años, trastocó el programa de su madre al dar un salto sin querer con la bicicleta, a consecuencia del cual se le movía un incisivo. En esas circunstancias Eva no podía dejarla sola.

–¿Podrías sustituirme? –le preguntó a Caroline en un mensaje de texto.

–Cortaré por lo sano –prometió la abogada, que se hallaba en mitad de una vista.

Eva tuvo que despedirse antes de que llegara el relevo. Y entonces sucedió lo que todas querían evitar: por primera vez Judith se vio completamente sola en la cuarta planta. Consigo misma y con el miedo.

–Procuramos que la despedida sea lo más íntima posible para la familia –aseguró la robusta enfermera con fuerte acento eslavo.

Solo cambiaba de vez en cuando los sueros y le llevaba a Judith un té que olía sospechosamente a ron.

–Es ilegal, pero bueno –le susurró la mujer con aire cómplice–. El miedo se disuelve en alcohol.

–Muchas gracias, enfermera...

¿Cómo se llamaba? A Judith le hubiera gustado dirigirse a la mujer por su nombre, pero era incapaz de descifrar la extravagante retahíla de consonantes que subía y bajaba en el enorme pecho de la enfermera checa.

«Los checos son muy tacaños con las vocales –bromeó el primer día Arne en un momento de asombrosa lucidez–. Deberían negociar con los finlandeses la cesión de vocales.»

Judith rio cansada.

«De veras –insistió Arne con un hilo de voz–. Mira por ejemplo la palabra helado. Los checos dicen *zmrzlina*. ¿Y los finlandeses? *Jäätelöä*.»

Judith no tenía ni idea de si era cierto. Lo que sí sabía era qué se proponía Arne: incluso en el lecho de muerte intentaba animarla. Hasta que las fuerzas lo abandonaron.

Judith vio impotente cómo Arne se iba hundiendo en las almohadas, cada vez más débil, la nariz más afilada, la respiración más superficial. Sus manos aleteaban como si quisieran emprender vuelo. Con cada minuto que pasaba desaparecía el hombre alto y fuerte del que ella se había enamorado de un flechazo cinco años atrás; a pesar de esa barba que le hacía cosquillas y de su predilección por las camisas de franela a cuadros.

—Es como si fuera a coger la guitarra de un momento a otro para cantarle al whisky, las mujeres y las pistolas —les había dicho Estelle en voz demasiado alta a las demás cuando lo conocieron.

—Tengo una cara corriente y un gusto pésimo para la ropa. Es parte de mí —respondió Arne con el mismo descaro.

Eso mismo sentía por Judith, que era parte de él. A los sesenta y tres días de verla en la librería, entre el *feng shui* y el budismo, Judith y Arne se casaron en un barco en el Rin.

«Todo fluido —anunció él—. Nos pega.»

Las amigas de las cenas de los martes no fueron las únicas que se vieron arrolladas por lo sucedido.

—Nos alegramos tanto de conocer a Julia —afirmó con regocijo una tía rolliza de Arne que vestía un conjunto lila. Olía a bolas de naftalina y a colonia 4711.

—Se llama Judith —corrigió Caroline por enésima vez, ya que Arne tenía muchas tías.

El rostro de la anciana se tiñó de un color que armonizaba con el lila.

—No pasa nada —le restó importancia Estelle—. Nosotras solo conocemos a Anton desde hace unos días.

—Arne —la censuró la tía, que no captó el humor de Estelle.

—Todo ha sido tan rápido —se dijeron las unas a las otras; y a continuación, con asombro—: quién lo habría pensado.

—Yo —espetó Judith—. Yo supe desde el primer momento que envejecería con Arne.

Y ahora el destino la había llevado hasta la cuarta planta del hospital.

Fuera el sol asomaba entre las nubes por primera vez desde hacía días; en el hospital daba comienzo el horario de visitas, y en la cuarta planta el tiempo corría gota a gota. Cincuenta y nueve minutos para que volviera a pasar la enfermera, diez minutos para el té, tres minutos para enderezarle las almohadas a Arne, trece segundos para que el gotero liberara la morfina y esta descendiera por el tubo de goma transparente.

¿Dónde se habría metido Caroline? Cada una de las amigas de los martes era bienvenida. Su compañía la consolaba. Eva le llevaba un *tupper* con exquisiteces que tenían por objeto levantarle el ánimo; Estelle, el último cotilleo; Kiki, su buen humor y algo de inquietud. Pero hasta eso era mejor que ese silencio sepulcral en el que solo se esperaba el último momento.

Del pasillo le llegó un ruido: los empleados de la funeraria. Se los oía desde lejos. Las camas del hospital cencerreaban; sin embargo, las camillas de los servicios funerarios se deslizaban por el linóleo sobre silenciosas ruedas de goma. Primero se oía ese roce tenue, luego los pasos pesados de los familiares que salían de la habitación del fallecido. Una o dos horas después llegaba el grupo de limpieza con sus estridentes carros. De nuevo el cencerreo de una cama. A lo largo de los últimos días Judith ya había oído varias veces ese canto de muerte, que en la cuarta planta volvía a empezar desde el principio como si se tratase de una letanía. Quizá fuera peor que la respiración ruidosa de Arne.

Cuando Arne no estaba enfermo, ella tenía un millón de deseos. Ahora solo uno: ojalá pudiera oír una vez más su voz, su risa

alegre, sentir una vez más sus manos en su piel. Solo una vez más. Por favor.

Judith no sabía cómo iba a vivir sin él. Era incapaz de imaginarse abandonando la cuarta planta para volver a una casa vacía. ¿Cómo iba a dormir en la cama que había compartido con Arne? Nunca le había gustado ese armatoste basto que estorbaba el paso en el dormitorio.

Qué curioso. Dentro de poco Judith celebraría su cuarenta cumpleaños y nunca se había comprado una cama. A los diecisiete años dejó la litera que compartía con su hermano, ocho años menor, y se fue a vivir con su novio. Kai tenía veintisiete años y un colchón de ochenta centímetros de ancho. Cada vez que se movía, Judith se rozaba el brazo con la pared, que parecía un rallador: Kai había añadido serrín a la pintura blanca. «El gotelé de verdad es demasiado caro», decidió de manera unilateral.

A Judith le encantaban las paredes con telas alegres en colores cálidos, pero era el piso de Kai. También era el dinero de Kai y el estilo de vida de Kai. Y de él formaban parte el gotelé, la austeridad y los anillos de boda. A Kai le gustaba lo previsible hasta en el sexo. Siempre la besaba bajando en diagonal hacia el ombligo, y preparaba el terreno avanzando en paralelo con la palma de la mano hacia el muslo derecho. Como si se lo hubiera enseñado un sexólogo y él lo hubiese aprendido de memoria. Pasados los años, a su lado Judith estaba tan fría que buscó refugio en Wolf y su cama de agua. Y después en Arne. Kai ponía periódicos en los asientos del coche cuando llovía. Arne bailaba descalzo por el parque y se lavaba los pies en un charco.

—En teoría —dijo a duras penas Arne. Judith se asustó. En la habitación reinaba el silencio desde hacía días, y ahora esas dos palabras.

»En teoría —repitió él, y levantó la mano y la dejó caer agotado. Por mucho que Judith se esforzó, por mucho que se acercó a su boca, todo se limitó a esas dos palabras: “en teoría”.

En su lecho de muerte Thomas Mann pidió sus gafas; Goethe, más luz, y, según la leyenda, Jesús, nada. «Todo ha sido consumado», fue lo que al parecer dijo en la cruz antes de reunirse con su padre celestial. Esa frase resonaba en los oídos de Judith, como si cinco expertos en marketing hubieran meditado largamente qué últimas palabras surtirían mayor efecto en una crucifixión. El último mensaje de Arne a quienes lo sobrevivirían, sus últimas palabras, fue: «en teoría».

No tenían sentido. Kai, el primer marido de Judith, era la encarnación de la teoría. Arne era el vividor práctico, optimista incorregible y entusiasta de casi todo. En caso contrario, ¿habría ido en peregrinación a Lourdes, a la gruta de la Virgen María?

La puerta se abrió y sacó a Judith de sus reflexiones. Caroline. Por fin. ¡Por fin! Aliviada, Judith dejó caer la cabeza en el hombro de su amiga, y eso que la abogada no era muy proclive a los abrazos. Pero Judith se alegraba de no estar sola. Caroline le acarició la espalda con delicadeza.

—Lo siento mucho, Judith.

—Eva tuvo que irse antes. Por lo del diente de Lene. La niña se cayó de la bicicleta.

—¿Cuándo ha sido?

Su voz sonaba compasiva, y eso que por lo general Caroline era la primera en expresar sus críticas cuando Eva se dejaba absorber demasiado por la familia.

—Ayer por la tarde. Cuando Lene volvía del colegio. Pero el dentista quería volver a verla hoy.

—Judith, me refiero a Arne.

Caroline dirigió a Judith una mirada penetrante. Con esos ojos despiertos, inteligentes, incorruptibles que infundían miedo a la parte contraria. Y a veces también a Judith. Implorando auxilio, Judith se volvió hacia Arne y vio lo que Caroline había visto nada más entrar: Arne había dejado de respirar. La piel fina que se tensaba sobre el rostro afilado tenía un tono grisáceo. Arne se había ido en silencio. Como si no quisiera asustar a Judith.